

ARGENTINOS, NO HAY CAMINO. SE HACE CAMINO AL ANDAR

Lo mismo que el hombre se encuentra con el cuerpo que le ha caído en suerte y tiene que vivir en él y con él, así se encuentra con las ideas de su tiempo y en ellas y con ellas —aunque sea en el modo peculiar de contra ellas— tiene que vivir. — *Ortega y Gasset.*

Académico de Número DR. NORBERTO RAS

Una Argentina en profunda crisis de identidad sucede en nuestros días a la Argentina exultante de comienzos de siglo. Las inteligencias más claras del país contemplan atónitas la realidad cotidiana de un pueblo que parece haber abjurado de su nervio de otrora y se impacienta frente a sucesivos fracasos y frustraciones. No sólo el último medio siglo y el momento presente nos brindan poco de qué ufanarnos, sino que hasta la coyuntura política actual, que normalmente representaría la apertura de un período de esperanzas ante el recambio de figuras, se caracteriza por un generalizado pesimismo apriorístico.

En estas circunstancias sombrías, el alma nacional cae en una angustia de autocrítica. Hurgamos febrilmente en nuestras entrañas en busca de una explicación de fondo para todas las falencias del carácter argentino. Pero ya no hay más una explicación en debate, hay cien teorías, y bibliotecas enteras se han dedicado a aportar nuevas hipótesis, todas lúcidas y penetrantes (Alberdi, Sarmiento, Juan Agustín García, Martínez Estrada, Mallea, Murena, Scalabrini Ortiz y muchos más), sobre la influencia del desierto, del conquistador y del espíritu colonial, del aborigen, del inmigrante y de sus hijos, de la crónica escasez de mujeres en largos períodos de nuestra formación social, en la generación de una sociedad de desarraigados, individualistas hasta lo anárquico, enfrentados entre sí sin posibilidad de una síntesis creadora. A lo largo de los años, se unieron en esta vivisección despiadada no pocos observadores extranjeros: Ortega y Gasset y Keyserling, entre los más citados.

No hay duda que la autocrítica y su consecuencia, el autoconocimiento, pueden hacer contribuciones importantes para desentrañar los problemas del argentino moderno y proyectarlo al futuro. Julio Mafud, Víctor Massuh y otros convocan a las teorías parciales en busca de síntesis creadoras.

Se corre el riesgo, sin embargo, de que este abordaje casi psicoanalítico subraye más de lo razonable los elementos negativos de cada rasgo del carácter nacional que se pone bajo la lupa. En efecto, chauvinismos aparte, es difícil admitir que se hayan eclipsado misteriosa y súbitamente las virtudes argentinas que nos permitieron alcanzar triunfos importantes. Además, a poco que miramos a nuestro alrededor en el mundo, vemos en otros pueblos y en abundancia, los mismos defectos que parecíamos querer contar como exclusivos en la Argentina. Conviene conocernos a fondo, pero no hay por qué particularizar en lo negativo. Es muy dudoso que exista un defecto integral argentino que caiga como una sanción inamovible sobre todos y

cada uno de nuestros compatriotas, como una suerte de pecado original exclusivo, y tampoco nuestros problemas son únicos en el mundo.

El argentino de hoy, como un jugador que está convencido de antemano que va a perder porque anda de malas, pareciera escudarse en la asunción comprensiva de una enfermedad invalidante para "no meterse en las cosas", parafraseando a Ortega, y así uno a uno y colectivamente, los argentinos no nos lanzamos a resolver los problemas y como resultado, no nos ubicamos en la casilla mundial que nos correspondería.

La cosmovisión clásica

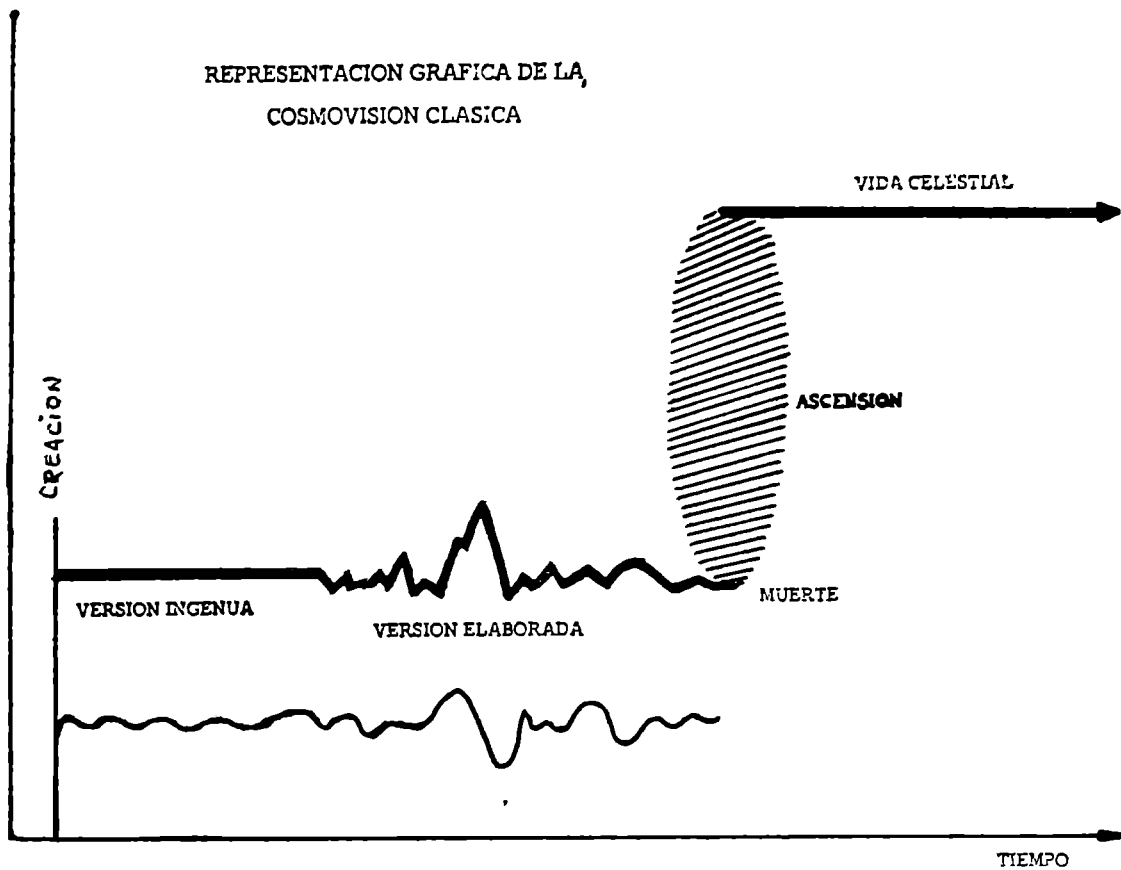
Los españoles trasladaron a América en el siglo **xvi** la estructura social de reino militar religioso, que se había templado durante los siglos de Guerra Santa por la Reconquista, culminada en Granada el mismo año del Descubrimiento. La expansión colonial gigantesca absorbió todas las energías de España por varios siglos y congeló esa estructura, fundada en una concepción de la vida que había cambiado muy poco desde los orígenes de la historia.

Durante ese larguísimo período, el conocimiento de los hechos pasados no se remontaba muy lejos, ya que la arqueología en pañales interpretaba muy vagamente las culturas antiguas que se confundían hacia atrás con lo mítico. El hombre se sentía frágil ante la inmensa presencia de la Naturaleza y ello le infundía el *miedo cósmico*, ese miedo que, por vincularse con el mito de Pan, dio origen al concepto de terror pánico. Contra esta angustia de lo desconocido, el ímpetu expansivo del alma buscaba refugio en la religiosidad, que adquiría así una ubicación soberana y céntrica en la vida del hombre.

Dentro de esa realidad que tuvo vigencia en todo el Mundo Antiguo, se había ya registrado una de las grandes crisis de la historia cuando el Cristianismo reemplazó íntegramente, con su nueva concepción de la vida, a los paganismos anteriores. A partir del Gólgota, el hombre de Occidente toma al mundo natural en que vive, como una etapa fugaz, un accidente casi, en su tránsito hacia la vida verdadera en relación con Dios, y esa tendencia, compartida por cristianos, judíos y musulmanes, se expande sobre la mayoría del mundo conocido.

Como complemento, en esos tiempos, la lentísima evolución de los conocimientos científicos y de las técnicas, creaban la impresión de un mundo inmutable. El hombre reconocía a su entorno, tal cual se presentaba ante sus ojos, con un origen auténtico, la Creación, en la cual él había sido plasmado por Dios a su imagen y semejanza. La convicción predominante era que las circunstancias no cambiaban a lo largo del tiempo, lo que hacía estéril cualquier intento de influir sobre ellas. La preocupación preponderante era metafísica y las energías intelectuales y artísticas se dirigían a las cosas sagradas. Toda la esperanza de superar las miserias cotidianas se cifraba en las escatologías edénicas que prometían la vida eterna en Paraísos deleitosos después de la muerte. La transición llegaría en un fin igualmente definido, un Juicio Final, benévolo para los arrepentidos. Esta interpretación indiscutida generaba una profunda tranquilidad emocional y ha sido repetidamente señalada la alegre resignación con que los hombres y mujeres de esas épocas enfrentaban las más crueles contingencias y hasta las amenazas de obliteración total, como el vaticinio del Fin del Mundo, sin las escenas de terror y angustia que anuncios parecidos despertarían en nuestro tiempo.

FIGURA Nº 1



La Figura Nº 1 representa gráficamente la cosmovisión estática clásica, en su versión ingenua, como una recta horizontal en el tiempo o también, en una versión más refinada, como una línea ondulante pero sin pendiente. En ambos casos se parte de una creación pasada y se puede representar un salto a la bienaventuranza a través de un período de ascensión después de la muerte.

Otra forma muy expresiva de representarse esta visión del mundo, consiste en recordar que en todo su transcurso no existió en los lenguajes otra expresión numérica que los dígitos del 1 al 9, a los que se agregaban las palabras correspondientes a 10, 100 y 1000, lo que resulta revelador de la limitación del campo mental del hombre. La expresión "miríada" propuesta por Arquímedes para designar la cifra 10.000, cayó en desuso por falta de mediciones de esta magnitud a realizar, y quedó como una expresión genérica de número muy grande o incontable (miríada de estrellas, de insectos, etcétera).

La era colonial en el Río de la Plata

Así las cosas en el mundo, la consolidación de los asentamientos en el Río de la Plata fue muy lenta y sujeta a penurias verdaderamente impresionantes. Muchos de los primeros exploradores perecieron de miseria y Buenos Aires se ganó por muchos años el remoquete de "Puerto del Hambre". Los Eldorados fracasados no tuvieron más compensación que las dudosas delicias de los harenes indígenas y la descompresión moral del alejamiento de la sociedad metropolitana, que tanta indignación causaban al clero y a unos pocos funcionarios severos.

Por espacio de un siglo y medio la corriente zaina de Borges y los pajonales y montes sin horizonte del país vieron a los fieros Conquistadores, no ganando imperios, ni cubriéndose de oro como en regiones más afortunadas. En el Río de la Plata la gloria imperial se redujo a luchar a brazo partido para levantar de entre andrajos y penurias una personalidad regional que pronto se distinguiría entre sus hermanas criollas. Es difícil decir si contribuyó a formarla el paisaje sin límites, o la caballería forzosa con su secuela de trabajo-deporte o la misma frugalidad obligada en el consumo, alternada con el despilfarro de la res faenada para una ración. Por los ocultos senderos del alma iba formándose así el rioplatense, arrogante, indócil, osado y duro, libertario hasta lo anárquico, capaz de plegarse incondicionalmente a uno más baqueano y gaucho que él, pero indiferente a razones, leyes o principios, amigo devoto y trabajador inconstante.

A medida que los villorrios iniciales se fueron convirtiendo en ciudades y que se fue superando la indigencia extrema de los orígenes, muy paulatinamente fue afianzándose la confianza y audacia de los rioplatenses.

Fueron sin duda los conflictos armados contra Portugal los principales impulsores del orgullo local. El viejo anhelo de la corona lusitana de ampliar sus posiciones de América la llevó a ir deslizándose a lo largo de la costa atlántica hacia el Sur, intentando ocupar la vastedad de la Banda Oriental vacía de asentamientos españoles y atacar las Misiones jesuíticas. Creciendo en audacia llegaron a establecerse en la Colonia del Sacramento, desafiando a Buenos Aires en la cancel misma de los grandes ríos. En cuatro oportunidades —1680, 1704, 1762 y 1777— acaudillados por los porteños, los españoles y criollos de toda la región, rechazarían con harta sangre a los invasores. Los indios misioneros se cobraron ampliamente allí en gargantas portuguesas las incursiones de las “bandeiras” paulistas y Buenos Aires disfrutó desde entonces por Dispensa Real del apelativo de ciudad *muy noble y muy leal*.

Sin embargo, en tres oportunidades la Colonia reconquistada a sangre y fuego, debió cederse nuevamente, transada por los monarcas españoles en las negociaciones que pusieron final en Utrecht y en París a sus guerras y cuyas motivaciones complejas eran difícilmente comprensibles para los súbditos que habían ofrecido sudor y sangre a miles de leguas de distancia. Tuvieron así nuestros antepasados un ejemplo de una constante de la historia mundial que volveríamos a sufrir con frecuencia en el futuro. El hecho de que acontecimientos de gran repercusión local resultaran intrascendentes a nivel de los grandes centros de decisión, en los cuales se resolvían las cuestiones por consideraciones mucho más amplias y complejas, que dejarían en definitiva sin satisfacción a nuestros intereses.

Sin embargo, cada episodio épico estimuló a los lugareños a sentirse mejores que los metropolitanos, a la vez que la bifurcación en aumento de los puntos de vista e intereses de la Corona y de los Criollos fue desembocando en posiciones irreconciliables en materia del comercio de que dependía la vida misma de las colonias del Plata. La consecuencia fue la generalización del contrabando con ingleses, holandeses y portugueses, en el que medraban comerciantes españoles y criollos y en el que no desdeñaban echar su fortuna los propios funcionarios locales de la corona.

En todo el Imperio español de América, la Ley “se acata pero no se cumple”. Esta realidad picaresca no es un buen precedente para constituir sociedades sólidas, y sus efectos se ven toda la América Latina de hoy. En el Río de la Plata, marca remota del emporio limeño, todo induce, tal vez más que en el resto del Imperio, a vincular la autoridad con intereses lejanos y

ajenos. La ley y los funcionarios que la aplican tienen poco prestigio entre nuestros antepasados de la Colonia y burlar a ambos despierta casi invariablemente sonrisas socorronas más que indignaciones.

En estos trances transcurren las décadas hasta que se produce en 1776 la segregación del Virreynato del Río de la Plata con autoridades propias. Un avance notorio en la autovaloración de nuestros antepasados, afianzado muy pronto por la bonanza económica que acarrearón las disposiciones liberalizadoras de los Borbones. Eran todos éstos reconocimientos parciales de viejas reivindicaciones de los rioplatenses, que aparecían como victorias significativas dentro de la vida somnolienta de la aldea mestiza.

Pero nada tuvo trascendencia comparable al sentido de orgullo y la decantación como líderes americanos que dejaría en Buenos Aires el rechazo de las invasiones inglesas, en las que un legítimo heroísmo popular fue el principal autor de la derrota de las fuerzas del Imperio que en el mundo entero tenía en jaque al español. En cada uno de estos lances, el luto por la sangre derramada fue acompañado por pomposas celebraciones, fiestas populares, mensajes de salutación de todas las ciudades españolas e infinitos versos que ensalzaban el coraje y la fuerza de los pobladores del Río de la Plata.

Como se repetiría sistemáticamente en la historia, el triunfalismo argentino no reconoció límites. Las flotas invasoras habían sido poco más que corsarios o "free lancers" que fueron desautorizados por la Corona inglesa en su derrota. Sin embargo, para los defensores de Buenos Aires se las tomó como si hubieran sido el grueso de la Home Fleet con todos los veteranos de las guerras napoleónicas a bordo.

De esta euforia y autoconfianza a la Revolución de Mayo habría sólo un paso y, dado éste, fue un pueblo numéricamente insignificante pero dotado de una audacia histórica inmensa, quien rompería decididamente con España, atravesaría las cordilleras más altas del globo y desafiaría a los ejércitos realistas en el centro mismo de su poderío continental, para terminar con generosidad apostólica declarando la libertad de pueblos hermanos a miles de kilómetros de distancia del hogar. Los argentinos entran en su vida como nación sintiendo confusamente un llamado de grandeza que los impele a obras homéricas.

No es raro que en esos años los porteños olvidando las evidentes limitaciones de su sociedad incipiente llamen a su aldea la *Gran Capital del Sur* o la *Atenas del Plata* y que sin el menor sonrojo sus poetas le canten diciendo que ante ella deben callar *Esparta su virtud y Roma sus hazañas*. La autovaloración era desmedida y tan generalizada que se contagiaba a muchos extranjeros sinceramente atraídos por las promesas que entrañaba la energía y coherencia argentinas de ese momento.

Los altibajos de esta historia desde los comienzos hasta nuestros días han quedado representados en la Figura N° 2.

La cosmovisión iluminista-positivista

Durante los largos siglos de la decadencia del Imperio Romano y el caos de la Europa feudal una nueva concepción de la vida iba fermentando lentamente en el cerebro de Occidente.

De la lucha de reyes y papas surgió triunfadora finalmente en el siglo XVI la concepción, de origen judío-cristiano, que delimita claramente el área de lo temporal, que es propia del César, del área espiritual, reservada a Dios.

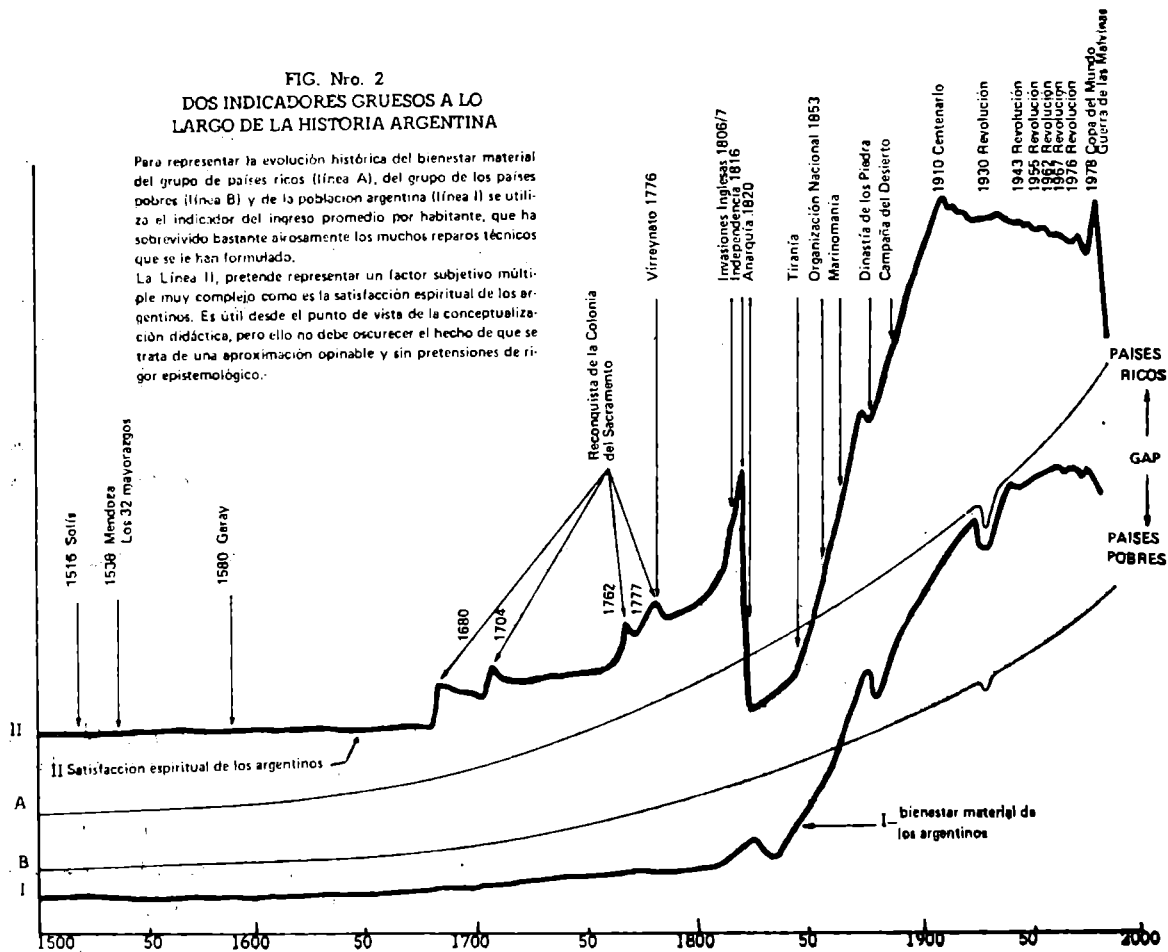
Después de la formulación tomista, cúspide de la escolástica, cada hombre será, por primera vez en la historia, dueño del ámbito de su conciencia con responsabilidad plena, desprendida a la vez del fatalismo precristiano de la *moira* y de la identificación total del individuo con la comunidad, que daba a los monarcas antiguos una jurisdicción sin límites sobre todos los actos y hasta los pensamientos de sus súbditos.

Pero a la vez, una parte importante de la vida, lo secular, empieza a ser excluida del dogma y de la especulación teológica. A medida que se aceptan estos principios, la parte prosaica del hombre y los poderes terrenales que la rigen, no pueden ya inmiscuirse en la esfera interna de cada conciencia, pero por el contrario, asumen una función mucho más activa y crítica de lo espiritual, antes confusamente entremezclado con lo temporal.

Aires nuevos recorren Europa, haciendo que los propios religiosos y los seculares se indignen contra las simonías y el dogmatismo centralista del papado y que, a la vez, se alcen contra los abusos del poder secular de los poderosos.

Las consecuencias de estas ideas profundamente humanistas elaboradas en los conventos dominicanos y franciscanos del Medioevo, irían a manifestarse en el esplendor de la reelaboración clásica del Renacimiento, en la gigantesca expansión del mundo conocido, por la obra de los grandes navegantes y en el desarrollo de las concepciones empiricistas que llevaron al auge científico del siglo XVII.

FIGURA Nº 2



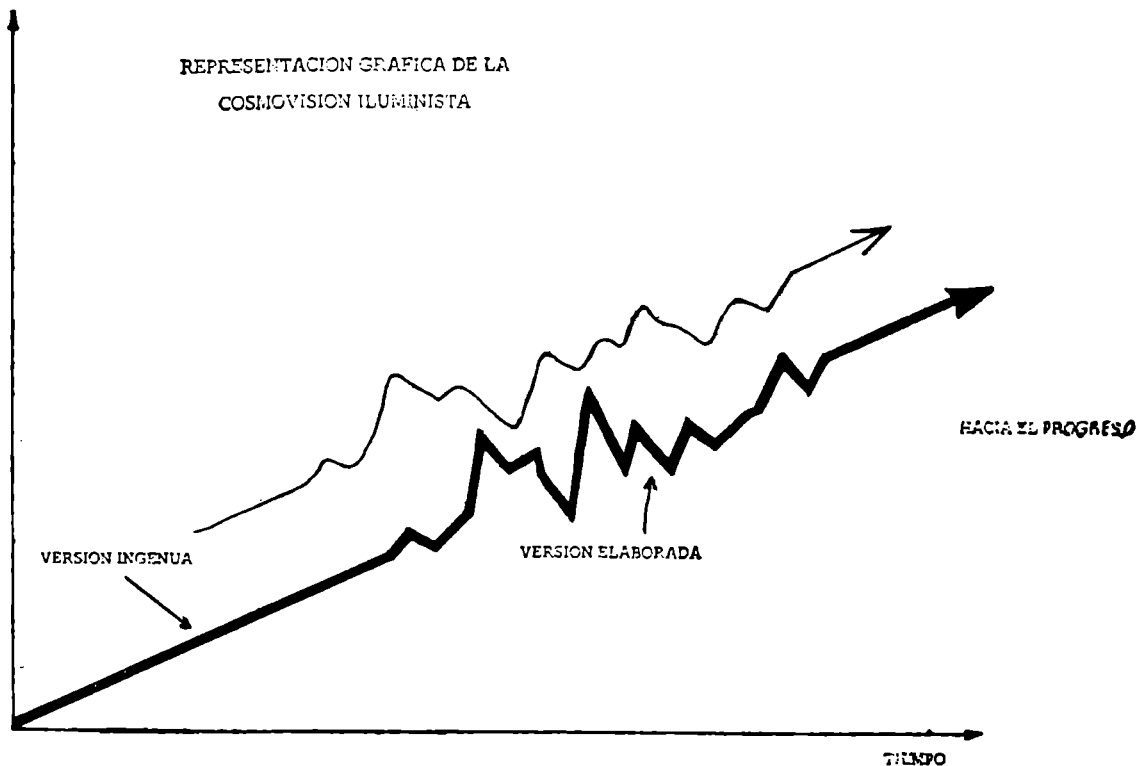
Estos cambios drásticos que se producen en la interpretación de la vida, se reflejan tras nuevas luchas en transformaciones políticas arrolladoras hacia fines del siglo XVIII, como la declinación de los Despotismos Ilustrados y el triunfo de las ideas liberales en Francia y los países sajones.

La aceleración vertiginosa de la otrora lentísima acumulación de conocimientos científicos, siguiendo a los avances pioneros de Copérnico, Galileo, Descartes, Newton y otros muchos, empezó a crear un flujo creciente de descubrimientos e invenciones que conducirían a la Revolución Industrial. La genialidad de Leonardo es simbólica de un nuevo tipo de hombre que se lanza a analizar la Naturaleza y que se esfuerza por controlarla. El entorno empieza a modificarse ostensiblemente ante la vista de todos, mientras se extiende también su visión histórica hacia el pasado y ella se proyecta crecientemente hacia el porvenir.

El dominio creciente de la energía, el aumento de la productividad del trabajo y los avances en el control de la naturaleza incrementan la riqueza y el poder del hombre y diluyen el viejo miedo cósmico. Cuando se produce el triunfo de las ideas de la evolución biológica automáticamente se vincula a los átomos más elementales de la materia con el mundo presente y se proyecta un proceso de acumulación hacia un futuro sin límites en el que las utopías prevén la solución de todos los problemas. La idea del progreso ha nacido como una esperanza de la razón.

Esta concepción racionalista, que alcanza su apogeo durante los siglos XVIII y XIX, puede simbolizarse con una línea como la de la Figura Nº 3, con una pendiente perceptible que representa la acumulación de conocimientos y el fortalecimiento de las instituciones, cuyo perfeccionamiento continuo

FIGURA Nº 3



gracias a la Razón y el Progreso se tomaba como axiomático. Un refinamiento analítico podía admitir una línea sinuosa, que reflejan los accidentes históricos menores, pero la resultante general era de un determinismo progresivo las ideas a las necesidades del universo que rodea a la Universidad, valga sea sin límites.

Esta transformación se vio reflejada en un avance formidable de las posibilidades matemáticas limitadas que hemos descrito en la era precedente. El cero había sido inventado en la India el 876 a.C., pero recién veinte siglos más tarde, cuando los árabes lo introducen en Europa, se posibilita el crecimiento vertiginoso del cálculo. Los banqueros italianos renacentistas introducen la expresión "milione", o sea "mil grande", para las cifras de seis ceros que comenzaban a generalizarse y pronto Descartes inventa la numeración con exponentes.

Con todas estas novedades, en el término de pocos siglos, el respeto secular por la religión fue transferido arrogantemente a la diosa Razón. Hipólito Taine señaló clarivamente que el hombre moderno había dejado de recibir sus dogmas de los Concilios para pasar a recibirlos de las Academias de Ciencias.

Después de tres siglos de fermentación en Europa, llegan a las riberas remotas de la América del Sur las nuevas ideas. Por un lado, la difusión de las ideas iniciadas por Locke y Hume, que derivarían en el desarrollo del liberalismo político y económico y de la revolución industrial y, por otro, la reformulación del personalismo cristiano. Ambos abjuran del oscurantismo anti-científico y compiten entre sí para dirimir la prioridad en el uso de los calificativos de "humanismos" y "modernos". La primera de ambas corrientes tiene una clara supremacía en el tiempo y en recursos políticos, con lo que va conquistando espacio intelectual rápidamente a través del positivismo, del romanticismo y del idealismo, este último principalmente alemán, de los siglos XVIII y XIX.

Por otra parte, se presentan en retirada aparente las ideas absolutistas que desde su antiquísimo tronco, han recibido a lo largo del tiempo el aporte de las ideas luteranas y calvinistas de la predestinación, las concepciones de Hobbes, Bodin y Rousseau y la praxis soberbia de los grandes monarcas como Luis XIV y Eduardo VIII, que postularon el derecho divino de sus investiduras.

El iluminismo dominante en el mundo pronto traería sus propios gérmenes de conflictos. La "humanización" de la filosofía y la deslimitación del hombre, unidas a la arrogancia que le asignaba sentirse dueño de su destino, al secularizar la vida y restarle soberanía y jurisdicción a las religiones, restaron también importancia a todos los aspectos espirituales de la vida para dar prioridad al bienestar material (welfare) con un criterio cada vez más hedonista. Por esta razón, surgen bajo esta concepción nuevas escatologías terrenales que se alejan de la bienaventuranza celestial y cifran la superación en el progreso material y en este mundo. Tales son las utopías de las sociedades de consumo, post-industrial o tecnocrática del Occidente, el paraíso comunista de los marxistas, la deificación de los "brain-Kings" y hasta la concepción del punto Omega de Teilhard de Chardin, que hizo un intento por conciliar la evolución con un sentido de superación espiritual caro al espíritu cristiano.

Más importante todavía para la convivencia, la antigua moral única y absoluta de origen divino se vio reemplazada paulatinamente por morales hu-

manistas, que llevan un germen de aleatoriedad y para las cuales no existe la sanción inapelable del Juicio Final.

A pesar de la aparición creciente de estos signos alarmantes, el mundo positivista del siglo XIX era profundamente optimista y creía a pie juntillas que el hombre y las sociedades se encaminaban raudamente hacia un futuro mejor con solamente saber organizarse para que la Razón, el Conocimiento empírico, la Educación y las instituciones en general pudieran dar sus frutos.

La Argentina en la era de la libertad

Lamentablemente, la Argentina, para angustia de sus pensadores más preclaros, no estaba en condiciones de encaramarse de inmediato a este proceso, que ya se había impuesto en Europa desde 1600. En 1800 los Moreno, los Monteagudo, eran ávidos lectores de la literatura liberal, entonces subversiva por los cambios que proponía sobre el enfoque medieval aún atrincherado en España con los Borbones. Antes de construir un país las energías de la patria naciente debían consagrarse enteras a la liberación. La metrópolis representaba no solamente el yugo político imperial, sino que era también el baluarte del absolutismo encarnado por la Santa Alianza contra el liberalismo naciente, hasta prohiñar aquel contundente: ¡Que vivan las cadenas!, lema de sus grupos más duros.

En una decisión histórica de la mayor importancia se lanzan los criollos al doloroso parricidio de la cultura española, lo que inevitablemente será, a su vez fuente de futuros desarraigos. Recién después de derrotar a los matorrangos en Maipú y Ayacucho, podrán los criollos, aunque sea con dos siglos de retraso, entrar de veras en las ideas de la época que viven y para ese entonces las sangres morenas que integran nuestro pueblo, carne de cañón en una guerra que no entienden claramente, se cobran su venganza por generaciones de sojuzgamiento. Entre las privaciones, el humo y la sangre de la gran lucha contra la España conquistadora, recuperan vigencia muchos de los valores de la *toldería*, escondidos en cada criollo. Facciones lugareñas y mezquinas ocupan la escena. No hay más lugar para ideas grandes. Se acabó el dar la última gota de sangre por la libertad del continente. De pronto sólo cuenta levantar montonera y secundar a un caudillo en el manejo de sus cuentas chicas.

El degüello es el signo sombrío de la desmesura argentina de esos tiempos. La hipocondría nacional llega a su punto más bajo en ese año de 1820, que ve instalarse la Anarquía a escasos cuatro años del noble fraseo del Congreso de Tucumán.

La "Argentina invisible" de Eduardo Mallea está más sumergida que nunca. El *bien argentino* de Massuh desaparece tragado por el torbellino. Los compatriotas que rechazan en su fuero íntimo los valores de esa forma de sociedad caótica deben emprender el camino del exilio. Los Echeverría, los Alberdi, los Varela, predicán en vano por la *regeneración argentina*.

El gobierno del caudillo *primum inter pares*, trae cierto orden. Florecen algunos negocios ligados al Restaurador. Las cañoneras de los Imperios que están aprovechando plenamente la cosmovisión iluminista, golpean a las puertas del Paraná apoyando a sangre y fuego la tentación del comercio que avanza con ellas. Esta vez serán rechazadas aunque fueren el paso de La Vuelta de Obligado.

Pero el país ya tasca el freno y al producirse Caseros se inicia una ebu-

llición profunda que en pocos años lo cambiará todo. Regresan los emigrados. Pactos políticos visionarios sientan las bases para la Constitución y con las últimas luchas se capitaliza a Buenos Aires y se termina con las manifestaciones finales de la anarquía. El tiempo urge. La Revolución Industrial ocasiona cambios febriles en Europa, que, superpoblada, clama por alimentos y materias primas para sus emporios fabriles. Los modernos transportes hacen posible por primera vez la venta económica de las lanas, las carnes y los granos de nuestros campos en ultramar. El desafío es claro. Los argentinos advierten que pacificando y poniendo el Desierto a producir hay fortunas para ganar. Los caudillos de divisa y tacuara arden por convertirse en estancieros.

Una generación de intelectuales quiere recuperar el tiempo perdido en luchas fratricidas y copia arduosamente las instituciones de las sociedades más modernas. Desde la Constitución hasta las compañías comerciales son imitación de los modelos usados en Francia, Gran Bretaña o los Estados Unidos.

El libre cambio, impuesto en el mundo juntamente con la Pax Britannica que caracterizó al fin del siglo XIX, abrió las puertas a las producciones según sus ventajas comparativas y los argentinos sabíamos y podíamos producir masas enormes de alimentos y materias primas con técnicas ingeniosas que aprovechaban la amplitud y generosidad de nuestros recursos naturales. En contados años se cumple la Revolución en las Pampas, y de ser la colonia más pobre de la América hispana, la Argentina pasa a contarse entre los países más ricos del mundo.

Es cierto que aún hay contratiempos. La guerra del Paraguay y, más grave aún, la amenaza de la dinastía pampa de los Curá, traen dolores y zozobras que se alternan con años de especulación y recesión, pero el país sigue avanzando con impulso incontenible.

Por segunda vez en la historia los argentinos enfrentan el dilema de dar un salto en el tiempo y están dispuestos a pagar los costos de un nuevo parricidio cultural. Hay que borrar todo vestigio del Desierto. En un país que se está cubriendo de alambrados, de telégrafos y de ferrocarriles, en el cual se ha hecho delito carnear reses que ya tienen dueño, no hay más cabida para el indio, pero tampoco para el gaucho. El Comandante de Frontera, el Juez de Paz y el Estanciero han ocupado el lugar de los capataces de vaquería y de las tolderías. José Hernández, Rafael Obligado, Lucio V. Mansilla, el comandante Prado y otros poetas y cronistas de la agonía del Desierto nos aportan la sublimación de la declinación de una sociedad agreste e individualista. Intentamos arrancarnos los últimos vestigios del aborigen, ya sea que nos bombee desde los pajonales o que nos amenace con traicionarnos desde el fondo del alma criolla.

Los líderes quieren que la Argentina se parezca cada vez más a los países adelantados. Hay que poblar, educar, construir. Millares y millares de inmigrantes se yuxtaponen a nuestra cultura que ha quedado a la deriva. Llegan anhelantes de ganar con sus manos el lugar al sol que sus patrias viejas les están negando. No miden esfuerzos, ni miran para atrás la herida de su expatriación. Son políticamente dóciles y se aferran a una moral de trabajo severa y a prácticas contractuales honestas a las que están habituados desde su infancia en el país de origen. Esto alcanza para organizar la producción eficientemente. Muy pocos alertan sobre los problemas del desarraigo adicional que anticipa el "crisol de razas". Surge como por ensalmo una infraestructura y producción enormes donde sólo había leguas y silencio. Muchas formas de producción artesanales son arrasadas por la marea de

productos fabriles modernos, que progresan día a día en Manchester y en Liverpool.

Las prácticas sociales y políticas argentinas de fines del siglo XIX siguen siendo caudillescas y la moral pública no particularmente prolija pero el Dorado que tantas veces fue esquivo a los Conquistadores hace cuatro siglos, está por fin al alcance de la mano.

Nadie repara que las ideas liberales encarnadas en la Constitución, sólo rigen para una minoría, prudente administradora de una bonanza que es obra principalmente de una coyuntura internacional y de brazos inmigrantes. Entre tanto, la masa popular, analfabeta aún en su mayoría, canta su voto dócilmente. Es la época del liberalismo sin pueblo.

Al llegar el año del Centenario, el progreso material es tan ostensible que cunde en propios y extraños una explosión de optimismo sobre el destino nacional. El país era ensalzado como la tierra de promisión. Los argentinos se miraban unos a otros con petulante regocijo. La vieja sospecha se veía confirmada. Ha habido un verdadero "milagro argentino". Pocos en el mundo pueden ostentar un siglo de vida tan pletórico de acontecimientos y con un desenlace tan promisorio. Todo parece indicar que, tras un breve período de confusión juvenil, el país ha entrado en una madurez sólida y prometedor. Estábamos convencidos de que, habiendo imitado las formas de vida y los procedimientos institucionales de los países adelantados, habíamos hecho nuestras también las ideas vigentes en ellos. Para confirmarlo, los argentinos se codeaban con los círculos de la vanidad mundial, dejando tras de sí sus pesos fuertes y su inconfundible olor de rastacueros.

La causación circular de los hechos sociales está ya, sin embargo, anunciando grandes cambios. Los inmigrantes son sucedidos por hijos nativos que reivindican derechos políticos. La educación popular, glorificada como el arma principal para salir de la barbarie, abre las puertas de la sociedad para las masas, antes analfabetas.

En una de las manifestaciones finales de este período, un gobernante que pretende pensar en función de país más que de su grupo, da un golpe de muerte al voto cantado, con la ley de sufragio secreto. Las masas nacionales irrumpen en la escena política. Muchos a la sazón, cantan este acontecimiento como una etapa más de la maduración del país.

La cosmovisión del segundo milenio

Con el transcurso del siglo XIX las realidades del proceso histórico que vive el mundo han traído elementos nuevos para transformar radicalmente, una vez más, la visión de la civilización.

La acumulación de conocimientos científicos se ha revelado ya claramente como el componente más dinámico del progreso técnico y el causante de violentas transformaciones en la existencia y convivencia humanas. Por lo tanto la representación gráfica del proceso ha pasado a ser una curva exponencial como la de la Figura N^o 4, en la que la velocidad de todos los cambios se hace cada vez mayor. Paralelamente, crecen las posibilidades de representación matemática, que tomamos como signo revelador del espíritu de los tiempos. La modernidad va acompañada por la representación de los números decimales y los números negativos, las medidas pequeñísimas por un lado y enormes por otro, las expresiones como billón, trillón, cuatrillón y

FIGURA N° 4



así sucesivamente, la concepción de los años luz, las megaunidades y otras, que se incorporan rápidamente al lenguaje de la época.

A la vez, el hombre que conoce muchas más cosas día a día, va aperciéndose de que las técnicas y el progreso portadores del bienestar material, tienen también un potencial perverso. La civilización industrial empieza a ver con alarma el deterioro de la calidad de la vida por fenómenos imprevisibles, como la explosión demográfica, la “estanflación”, el agotamiento de los recursos no-renovables y la polución. Peor aún, se despiertan dudas crecientes sobre la capacidad y calidad ética de la decisión humana para aplicar las técnicas y toman cada vez más vivencia las amenazas de la “primavera silenciosa”, el espionaje electrónico, las armas químicas, bacteriológicas o espaciales y hasta el holocausto atómico.

En este mundo conflictuado, el hombre se siente cada vez más un engranaje insignificante sumergido en una masa humana colectivizada por la propaganda, el consumo forzado y los medios masivos de información y esparcimiento. El mercenarismo materialista da lugar a un hambre de bienes, que los bienes son incapaces de saciar. El aislamiento del individuo y la orfandad espiritual del hombre son vacíos que no pueden llenarse con automóviles, televisores, climatizadores, sexo fácil o turismo de lujo.

A medida que se acelera la “fuga de los tiempos” o el “shock del futuro”, como se da en definir a esta carrera cada vez más vertiginosa, se siente más la falta de recogimiento y contemplación y la escasez de ali-

mentos del alma. Se pierde confianza en la racionalidad de la razón y se cae en diversos escapismos. En las comunidades más adelantadas se dan las tasas mayores de delincuencia juvenil, de consumo de drogas, de homosexualidad y de suicidio. A la vez la creciente separación o "brecha" entre los países altamente industrializados y los que van quedando rezagados suscita otra diversidad de problemas de expectativas frustradas en los pobres y de conciencia pesada en los ricos.

La conjunción de todos estos factores hace que la esperanza de vida al nacer, el control de la naturaleza y la satisfacción de necesidades materiales hayan crecido hasta el punto más alto alcanzado en la civilización, pero a la vez, que el hombre protagonista de este proceso viva con una sensación de angustia difundida y apremiante que nuestros antepasados no soportaban ni ante los peores momentos de la vida y de la muerte. La neurosis se convierte en la enfermedad de la época. Todos los valores están en crisis y las teorías sociales y las ideologías, terminan por ser vistas exclusivamente en términos de su habilidad para producir ventajas materiales de inmediato.

En las sociedades modernas las religiones van perdiendo vigencia social y se generaliza la tolerancia de una gran diversidad de cultos sin penetración.

La moral se hace cada vez más hedonista y permisiva. El hombre va quedando en patética soledad frente a sí mismo.

Surge con vigor la pregunta de ¿progresar? ¿para qué?

La impresión de que los problemas del presente tienden a consolidarse y agravarse, desemboca en un agudo pesimismo intelectual que invade a la filosofía contemporánea y dá pábulo a propuestas tremendistas. El existencialismo abre las puertas a las teorías de la liberación y éstas a los nihilismos, que reclutan sus adeptos entre los desilusionados de las vertientes más diversas, para nutrir las actitudes anárquicas y las apologías del terror y la violencia.

Ya no es más el viejo pavor cósmico que acecha al hombre moderno. Ahora es el desencanto de sí mismo y de sus propias obras, lo que lo hace retornar en busca de nuevas afirmaciones de lo absoluto.

El dualismo tecnológico en el mundo

Coincidiendo con esta carrera desenfrenada instigada por un flujo continuo de nuevos conocimientos científicos, las sociedades humanas se polarizan cada vez más según su aptitud de organización y disciplina para aprovechar las técnicas modernas.

Por un lado, una tercera parte de los habitantes del mundo luchan entre sí en la avanzada de la industrialización, generando continuamente nuevas formas de producción competitivas por su originalidad, calidad y costo. Cuanto mayor es el dinamismo con que prosigue en ellas el proceso complejo de "modernización", más intensamente innovan, acumulan capital y agrandan sus mercados, habilitando las ventajas de escala en la producción, con lo que su avance se hace también geométrico. En estos países aumenta grandemente la productividad y el bienestar material prometido de los habitantes. Son los que se denominan *desarrollados, ricos, modernos, industrializados o del Norte*.

Por otro lado, las dos terceras partes de la población del mundo enfrentan dificultades mucho más graves para desempeñarse en un ambiente de tecnología en continuo avance. Los países de este grupo no atinan a producir los cambios profundos psico-sociales e institucionales que permitirían el

uso de técnicas cada vez más adelantadas. En muchos casos, sólo incorporan los productos de la técnica o sus efectos secundarios “digeridos” en algún país adelantado. Son los países que van quedando rezagados como *subdesarrollados, tradicionales, pobres, del Sur o del Tercer Mundo*. Entre ambos extremos hay una gama intermedia de grados de desarrollo.

Inútil decir que a medida que se ahondan las diferencias entre Norte y Sur, Ricos y Pobres e Industrializados y Subdesarrollados, la disparidad se refleja en el poderío económico, político y militar de las naciones fundadas en su aptitud técnica. Los ricos pueden permitirse cada vez mayor arrogancia y se suceden los abusos impunes.

Todas estas realidades se hacen perceptibles desde el fin de la “Belle Epoque” y toman forma inconfundible desde las Grandes Guerras y la Crisis Mundial que las separó. El proceso no ha cesado de consolidarse y crece en todos sus aspectos favorables y desfavorables. Mientras continúan registrándose a diario innovaciones asombrosas, nos acercamos también cada vez más rápidamente, a una crisis de magnitud ecuménica, cuyo desenlace y curso son todavía muy difíciles de predecir, pero cuya profundidad y consecuencias alarman ya a pensadores y líderes y que trascienden al hombre del común.

La Argentina y los tiempos revueltos

Para la Argentina los cambios que se iban produciendo en el mundo fueron particularmente graves. De sentirse hasta comienzos del siglo un socio *comercial prestigioso del Viejo Mundo, con quien compartía, además de buenos negocios, numerosos vínculos de sangre, valores y rasgos culturales*, nuestro país tuvo que soportar verse paulatinamente desestimado y su comercio agredido por sus antiguos clientes. A partir del 1880, los Estados Unidos y todos los países europeos con excepción del Reino Unido, fueron cerrando sus mercados importadores a los productos en que se había cifrado nuestro orgullo y nuestra opulencia durante medio siglo. En 1932, con el Pacto de Ottawa, después de un arduo debate interno, también el Reino Unido abandonó el libre cambio para favorecer a sus Dominios en desmedro de la Argentina.

Desde entonces, con sólo las interrupciones causadas por las grandes conflagraciones, los países industrializados han ido aplicando más y mejores técnicas en la producción agropecuaria y actualmente son formidables productores excedentarios de los alimentos que constituyen la base de la economía argentina. No solamente saben técnicamente cómo trabajar la tierra, sino también están en condiciones de aplicar artificialmente las relaciones de precios que habilitan una alta intensidad productiva. Esta masa de producción, no contenta con cubrir el consumo propio, pasa a desbordarse sobre todos los mercados del mundo apoyada con copiosos subsidios, creándonos dificultades adicionales para ubicar nuestros saldos.

Ante la evidencia de que el proceso de modernización significaba la incorporación de un surtido ilimitado de nuevas formas de producción manufacturera, orientadas a satisfacer una demanda de elasticidad casi infinita, la Argentina hizo notables esfuerzos para industrializarse. Desde las dificultades derivadas de las guerras mundiales y de la crisis del año 30, sucesivos gobiernos subsidiaron intentos de sustitución de importaciones y el surgimiento de diversas industrias, a la vez que el propio estado asumía

el control creciente de sectores de la producción industrial y de los servicios, para impulsarlos mejor. Las transferencias de recursos desde los sectores tradicionalmente eficientes de la economía argentina hacia los sectores que se pretendía fomentar, fueron muy considerables y prolongadas. Sin embargo, las políticas con que se canalizó ese esfuerzo fueron mal diseñadas y los resultados alcanzados, en general, magros. Niveles de protección excesivamente altos y no selectivos, disposiciones que socavaron la productividad, la ausencia de incentivos y orientaciones para el avance de actividades genuinamente eficientes y la proliferación de actividades parasitarias y predatorias, hicieron que la productividad global de la economía, sufriera un deterioro cada vez más perceptible. El notorio "costo argentino" fue infiltrándose en todos los sectores. Nuestras producciones manufactureras, salvo contadas y honrosas excepciones, fueron quedando fuera del comercio mundial, encerradas dentro del reducido mercado interno protegido. Prácticamente ningún nuevo producto argentino se ha hecho conocido en el mundo por su excelencia. Frente a ese estancamiento, la producción de los centros industriales crece y se perfecciona a ojos vista. Nuestras fábricas resultan cada vez menos competitivas frente a las de los países modernos o las de los nuevos que surgen, principalmente en el Asia. La agresión de estos centros de producción se hace cada vez más difícil de sobrellevar para nuestra fabricación propia, que pierde posiciones en una competencia de dureza creciente.

Por otra parte, las actividades y sectores económicos argentinos que conservaban eficiencia y seguían constituyendo el baluarte para una transformación orgánica de la economía, fueron tratados frecuentemente por nuestros políticos y sus clientelas con una verdadera hostilidad, como responsabilizándolos directamente de los cambios que se producían en el mundo. Así, en lugar de favorecerlos racionalmente para que pudieran conservar su competitividad con una continua modernización, como hacían contemporáneamente otros países, se prefirió desangrarlos para financiar aceleradamente el desenvolvimiento de las actividades supuestamente de mayor futuro. La resultante fue que las nuevas no surgieron y que las viejas fueron perdiendo también posiciones en la carrera mundial.

No hay en todo ésto una confabulación siniestra contra la Argentina. Es simplemente la naturaleza de las cosas, en la que tenemos nuestra cuota de responsabilidad. En el mundo extremadamente competitivo que se ha creado, sólo se conservan o se conquistan posiciones por méritos reales sostenidos con total coherencia y continuidad y esos méritos han escaseado en la comunidad argentina de los años recientes. No es tanto que hagamos mal las cosas. Probablemente no las hacemos peor que en nuestras épocas de bonanza. Ocurre simplemente que hay otros que las hacen cada día mejor y nadie va a llorar porque vayamos quedando atrasados en la carrera.

La sensación de estar siendo expulsados rápidamente del club de los países adelantados y ricos, provocó un persistente despecho entre nosotros que contribuyó a impedir que percibiéramos en su justa medida la transformación profunda, cada vez más acelerada, en que estaba lanzado el mundo. Los diversos movimientos nacionalistas, por ejemplo, que proliferaron hacia la década del 30, se esterilizaron en un confuso antibritanismo, coincidente paradójicamente con la declinación histórica de ese Imperio. A partir de 1939, éstos mismos y otros grupos políticos y militares apostaron sus cartas al triunfo del eje Roma-Berlín-Tokio durante la Segunda Guerra Mundial. A despecho de las simpatías proaliadas de un sector muy impor-

tante de la población argentina, nuestros gobernantes se las arreglaron para mantener una imagen de apoyo a las potencias nazifascistas hasta bastante después de su derrota. Más aún, cuando Alemania, Italia y el Japón, con asombrosa ductilidad política, abjuraban de su fresco pecado de lesa humanidad y se dedicaban a edificar sus propios "milagros económicos" con la generosísima ayuda de los vencedores, los argentinos persistimos en encerrarnos en una política huraña y descomedida que nos cortó vínculos y afectos y nos apartó de un mundo que nos dejaba atrás cada vez más rápido.

Sería largo enumerar los episodios de esta historia que ya es larga.

El mismo hecho de nuestra ubicación como país de clima templado parece complotarse para agravar el problema. Imposibilitados de complementar nuestra producción primaria de clima templado con la del Norte Industrial, como hacen países tropicales como el Brasil, México o la India, nuestros productos agrícolas van quedando irremisiblemente arrinconados como compensadores de los fracasos de la agricultura colectivista. Por obra y gracia de la agresión monumental de la Europa Verde y de las llanuras del Middle West —irrisión del destino—, no tenemos otro camino que destinar el 70 % de nuestros granos para abastecer de pan a los mercados socialistas. Como en ocasiones anteriores, muchas voces se elevan dentro de la Argentina para condenar esa dependencia comercial que es mayor que la que nos unía a la Gran Bretaña en los años Treinta, pero, por supuesto, nadie dice como respiraría el país si no dispusiéramos de esa válvula providencial y precaria.

Y por si en esta combinación de celadas en la historia faltara un remate trágico, el manotón improvisado de las Malvinas nos colocó como adversarios de la estrategia de Occidente y tuvimos que soportar su escarmiento. La derrota militar del Atlántico Sur no nos ocasionó tan graves derivaciones por confirmar el centenario despojo inmobiliario de unas islas desoladas, sino porque vino a poner al rojo vivo el complejo de frustración nacional que nos agobia.

Hoy, arrojados a regañadientes al seno mismo del Tercer Mundo, rumiamos en nutrida compañía las amargas de la incoherencia política y la impotencia tecnológica que son el común denominador de este grupo de naciones.

El frenamiento del desarrollo argentino que se ha hecho proverbial y motivo de curiosidad técnica en boca de distinguidos tratadistas, pierde su carácter misterioso si se analiza en estos términos. La Argentina ha errado sus procedimientos internos y sus relaciones internacionales y paga hoy las consecuencias de esos desatinos.

Después de vivir a comienzos del siglo el complejo de Ariel que atribuía a nuestra cultura virtudes similares y, hasta en algunos puntos, superiores, a la de los países más civilizados, empezamos a sospechar que, no solamente nuestras ideas y valores funcionan mal en y para un estilo de vida de nuestro siglo social ni siquiera han entrado de lleno nunca en las ideas y valores pragmáticos, racionalistas y respetuosos de las libertades individuales, que subyacen como filosofía de base de las instituciones modernas. La aptitud de organización y disciplina que está en la base de la modernidad aparece penosamente ausente de la realidad nacional. Se nos hace imposible actuar coherente y deliberadamente en lo político, en lo social y en las manifestaciones de la producción.

Con el paso del tiempo y la consolidación del estancamiento, cada grupo social se han ido encerrando en el manejo de las situaciones monopolísticas

que un Estado sobredimensionado distribuye para comprar voluntades. Como innumerables Molochs hambrientos, los "líderes" y las "bases" se dedican con fruición a devorarse entre sí para conservar y aumentar su cuota de poder y los mezquinos privilegios que éste entraña, sin dejar el menor espacio para el surgimiento de un perfeccionamiento real de las instituciones. Cada ciudadano se siente impotente individualmente para remediar la falta de calidad que evidencia la vida argentina. El egocentrismo invade a todo y a todos. La impresión que se recoge es que nos sumergimos inexorablemente en el "cambalache", como una poeta-augur bautizó a nuestro siglo.

La irrupción de las masas en la política y en la administración del país ha ido acompañada de una nueva difusión del desenfreno, de la falta de autolimitación que constituyen un rasgo típico del carácter argentino. Las mayorías tiránicas provocan la reacción de minorías tiránicas. Las crisis recurrentes agotan la confianza del hombre común y subrayan la crisis moral. La falta de criterios sólidos y sostenidos se refleja en la inflación desenfrenada que castiga a los comportamientos honestos y estimula la corrupción. Toda producción está maniatada.

Un confuso nacionalsocialismo con ribetes criollos viene predominando en la vida del país desde hace medio siglo, con manifestaciones claras de un extremo nacionalismo económico, una estatización creciente de la producción y persistentes pactos corporativos entre las cúpulas dirigentes de los grupos de presión más influyentes.

La Argentina se convirtió desde comienzos de siglo en una sociedad con predominio de clases medias de tendencias francamente burguesas y poco proclives a los cambios reales. Se dice frecuentemente que "un fascista es un burgués asustado". Hay que admitir que los argentinos hemos vivido los últimos cincuenta años suficientemente asustados por la realidad del mundo moderno, como para neutralizar todas las tentativas antifascistas que han procurado alejarnos de la alternancia en el gobierno de manifestaciones de ese pacto-pampa entre un sindicalismo con monopolio legal, unas fuerzas armadas con monopolio legal de la violencia y fuerzas vivas que se escudan detrás de infinitos matices del monopolio y el privilegio.

Con todo ésto, la decadencia relativa no es ficticia. Una treintena de naciones nos han sobrepasado en el último medio siglo, incluyendo a países como España, Irlanda, Yugoslavia y Grecia en Europa, Japón, Corea del Sur, Taiwan y varios estados-ciudades en el Asia, además de Brasil, México y Venezuela en América.

¿Heraldos de una crisis mundial . . . o subdesarrollados a secas?

El análisis realizado permite concluir que la crisis que vive la comunidad argentina forma parte de un proceso mucho más amplio de desencanto y dudas sobre las ideas rectoras de la civilización, que está avanzando rápidamente sobre la gran mayoría del mundo. Muchas de las incoherencias del presente nacional se interpretan mejor si se las analiza como negativas a aceptar los valores de una fase declinante de la cultura de Occidente.

No debe extrañarnos que se aprecie entre nosotros esta situación de crisis mucho más marcadamente que en otros pueblos, principalmente en los que se van ubicando más céntricamente en la realidad moderna. Ellos continúan anotándose victorias diariamente dentro de las reglas de juego de la cultura presente, y el balance subjetivo no llega a preocuparlos. Por lo tanto, les es difícil aceptar que se esté cerniendo sobre el mundo una crisis histórica de

proporciones comparables a las mayores que enfrentó la humanidad en el pasado y que esa crisis tiene por protagonistas a las ideas en que se funda el estilo de vida que les depara tantas satisfacciones.

Por el contrario, en pueblos como el nuestro, que en ciertas circunstancias históricas llegaron a ilusionarse sinceramente con un repertorio de ideas y principios, pero que luego han venido sufriendo cruelmente sus derivaciones más amargas, el desencanto crece geométricamente, impulsado por cada nuevo fracaso.

Esta dualidad en la geografía de las ideas no debe extrañar. Similar asimetría de concepciones entre sociedades coetáneas se dio en las crisis precedentes que hemos mencionado en la historia universal. Cuando el mundo antiguo con su concepción pagana de la existencia se derrumbaba para ser reemplazado por la visión cristiana de la vida, la Roma Imperial, impertérrita entre sus mármoles y sus legiones, no se dio por enterada por varios siglos, mientras que en la remota Galilea, en Anatolia, en el Norte de Africa y en las decadentes ciudades griegas, estaba aceptada como una realidad ineludible la desesperación del hombre y germinaba en ellos, incontenible, un cambio drástico en los valores vitales que no pararía hasta señorear en todo el mundo.

Del mismo modo en los años en que en Italia y en los Países Nórdicos bullía la transformación del hombre medieval de visión tomista, en el hombre moderno, naturalista y cartesiano, en España se construía sin vacilaciones el primer estado nacional europeo y el Imperio donde no se ponía el sol. Hasta nuestros días es discutible que los ibéricos (y con ellos los latinoamericanos) hayan aceptado plenamente la cosmovisión moderna que la Europa Noroccidental abrazó decididamente hace cuatrocientos años como ideología de su primacía mundial.

En nuestros días esta incongruencia se repite. Mientras unos grupos siguen produciendo, enriqueciéndose y luchando por el predominio, otros hombres están criticando audazmente las realidades e incubando ideas nuevas que intentarán una revitalización profundamente necesaria de nuestra civilización.

¿Pero los argentinos somos erguidos, rebeldes, iconoclastas o simplemente subdesarrollados? ¿Estamos de regreso de las miserias del hormiguero humano moderno o somos patéticamente incapaces de organizar un hormiguero competitivo? ¿O participamos en ambas vertientes a la vez?

Parece evidente que la crisis del modelo occidental y cristiano en sus fuentes, incide más pesadamente en nosotros que en ellas mismas.

El colonialismo ideológico

La descripción comparativa que hemos efectuado hace resaltar el pronunciado colonialismo o dependencia intelectual del desarrollo argentino con respecto a las concepciones y valores de éxito en otros lugares, que en su mayoría llegan a nosotros como estereotipos supersimplificados, desprovistos de la crítica interna y las experiencias vitales que acompañaron su formación en los centros. No se puede desconocer que los nacionalismos de todo el Tercer Mundo son tan dependientes intelectualmente o más, que los entreguismos. A lo sumo dependen de ideologías distintas, pero tan extranjeras como las otras. Las utopías de la No-alineación o la Tercera Posición no pasan de estentóreas manifestaciones de deseos.

Entre nosotros es evidente no sólo el colonialismo ideológico de las parcialidades en pugna, sino también la marcada pasividad y hasta refractariedad de lo que podríamos llamar el sustratum cultural nacional para crear una ideología propia, capaz de fundar instituciones altamente civilizadas.

Mientras los paradigmas de conducta se mantuvieron sólidamente plantados desde los países avanzados la comunidad argentina se mantuvo a cubierto de actitudes contestatarias significativas. El modelo de desarrollo del milagro argentino era claro en su ideología, se comunicaba con una fraseología simplista pero efectista, los recursos naturales del país y su aptitud para movilizarlos eran muy eficientes para alcanzar los objetivos materialistas chatos a los que se redujo en la práctica la vieja cruzada contra el oscurantismo y la barbarie que lanzaron los próceres de la época. En verdad, se terminó pensando casi solamente en producir más, puesto que el modelo llevaba implícito un sistema que se suponía espontáneo de distribuir la riqueza producida proporcionalmente al esfuerzo y la capacidad personal desplegada.

En esta situación, el disenso en la sociedad argentina seguía siendo vivo y ardoroso, pero se limitaba a aspectos secundarios u operativos. Había acuerdo de fondo sobre la inmensa mayoría de las acciones, desde las grandes decisiones políticas, hasta las actitudes y la definición de los valores de la vida cotidiana. Hasta la vieja polémica entre liberales y católicos se limitaba casi exclusivamente a temas de clericalismo o anticlericalismo.

El prestigio intelectual de estas actitudes generales se veía reforzado por el éxito económico que acompañaba a muchas empresas y por la receptividad ética de un porcentaje elevadísimo de la población, que era inmigrante y no había estado sujeta a las influencias formativas del ciudadano nativo. El impulso gigantesco de la burbuja económica, a pesar de los estallidos de las crisis periódicas, ocultaba la actitud huraña y los murmullos de protesta de la cultura que podríamos llamar "antigua", que se refugiaba en las provincias más alejadas del boom portuario, en las masas mestizas que tenían todavía radicación rural y en las actividades económicas tradicionales.

En esos tiempos la producción en la Argentina era sencilla. El casi milagroso incremento de la producción se consiguió desde empresas unigerenciales. Cuando éstas crecían y se complicaban, era fácil y frecuente echar mano de administradores y métodos europeos. La masa laboral no tenía casi influencia. La carga tributaria era exigua y los servicios eficientes, en manos de extranjeros. Los mercados internacionales a los que enviábamos nuestros productos guardaban una relación de precios que estimulaba a producir. No se sentía la impresión de vivir explotados por potencias dominadoras.

En la realidad de comienzos de siglo, trabajar era un buen negocio y además daba el orgullo de cumplir con un ideario sólidamente entronizado.

Con el paso del siglo la situación cambió drásticamente. El modelo liberal sufrió en su propio corazón industrial la refutación del socialismo con sus dos vertientes hegelianas más agresivas, por un lado el marxismo y por el otro lado los nacionalsocialismos.

Como parte de este magno debate, recuperaron vigencia también las ideas escolásticas, que remozadas y desprovistas de su connotación pasatista del "antimoderne" pretenden también recuperar su influencia y contribuir a resolver los conflictos crecientes a través de la doctrina social de la Iglesia.

El conflicto ideológico mundial se colocó como doctrina de acción de-

trás de los intereses de los grandes países, que protagonizaron como consecuencia la guerra más sangrienta de la historia. La puja continúa hoy con mil conflagraciones limitadas que parecen multiplicarse. Para muchos la IIIª Guerra ya ha empezado. Para otros la IIª todavía no ha concluido. El campo de batalla principal es el espíritu del hombre y las armas que se miden son ideas. La humanidad entera está en lucha.

Es tal vez la crisis más generalizada, profunda y trascendental que se recuerda en la historia de la humanidad, porque los sistemas ideológicos que se debaten en el presente, no disimulan sus derivaciones directamente políticas y porque nadie escapa en nuestros días a la influencia del Estado. Se juega, en otras palabras, vida y hacienda futura de cada habitante del planeta.

Las crisis pasadas en las ideas rectoras de la civilización habían significado mucho para los participantes del debate y con frecuencia se registraron refriegas violentas y hubo mártires numerosos, pero no tuvieron un significado tan penetrante, inmediato y difundido para el ciudadano común como el resultado del debate actual, cuyas raíces filosóficas penetran hasta la interpretación de la esencia misma del hombre.

La saña de este debate ubicuo y permanente y la posibilidad de analizar las experiencias históricas de cada sistema que el paso de los años han sacado de la utopía de las promesas a la realidad de los hechos, han desfigurado notablemente el esquematismo ideológico inicial.

Por una parte, las dos vertientes del antiliberalismo totalitario han perdido mucho de su lustre y coherencia teóricos. La revelación de su forzada condición de dictaduras a menudo férreas, y sus violaciones sistemáticas de los derechos humanos socavan su prestigio y les limitan el apoyo de las propias comunidades que dominan. Las razones de estado, las urgencias de la lucha y su propia esencia, llevan a los fascismos de izquierda y de derecha a aliarse y entremezclarse cada vez más entre sí, a despecho de su enemistad violenta. Los regímenes declaradamente marxistas del Tercer Mundo, que tienen políticas económicas francamente socialistas, no pueden prescindir de sus Gulags Tropicales que comparten rasgos con Auchwitz o Buchenwald, donde languidieron muchos de sus correligionarios. Para cualquier historiador ecuánime sería difícil discernir, entre Stalin e Hitler, quien es más merecedor del siniestro prestigio de máximo verdugo de todos los tiempos.

El grupo de países de avanzada en ciencia y técnica, en los cuales el espíritu iluminista se desarrolló ampliamente, también sufren el desgaste de la utopía liberal en que se gestaron. Ya hemos descrito la crisis de valores y las angustias que acompañan a su presente de libertad y seguridad jurídica, que ha sido alcanzado pocas veces en la historia de la humanidad.

Existen también numerosas soluciones y propuestas intermedias entre ambos esquemas, que procuran congeniar instituciones de corte liberal y socialista, en diversas dosis y alternativas "mixtas", y hay además complejísimas y sutiles influencias de teorías y valores heredados de los pensadores de distintas corrientes que participan en la pugna mucho después de muertos. Así por ejemplo, las ideas de la infinitud del hombre y los relativismos derivados del idealismo alemán mantienen una fuerte influencia sobre las actitudes del hombre moderno, así como diversas tendencias ateas, en tanto que en el campo socialista proponen su oposición fundamental los credos religiosos y el profundo sentido de la dignidad y libertad del hombre que anima a los disidentes.

Y esta fermentación intelectual subyacente en el conflicto diario de nuestra época, acontece dentro del marco del avance formidable de los sistemas productivos que necesitan día a día requisitos más exigentes de estructura social interdependiente y organizada para poder funcionar.

Todo termina por convertirse en dos formidables avalanchas, encabezadas por otros tantos gigantescos peñascos que ruedan paralelos por la pendiente de la técnica, con frenesí de llegar al valle con el mayor acompañamiento de otras piedritas menores, que desquician y hacen saltar a su alrededor, arrastrándolas y confundiéndolas para que entren también en la acelerada disparada o queden rezagadas, trituradas o enterradas en la convulsión. Ya no se trata solamente de ser piedra en una ladera, donde nos colocó el destino. Se trata de medir con qué velocidad volamos dando tumbos hacia el valle que los cantos de sirena nos presentan como lleno de delicias, y en cuál de las dos avalanchas paralelas nos inscribimos, ya que una buena parte de la energía aprovechable surge de la caída misma y de la masa que cae en conjunto. Es difícil iniciar avalanchitas independientes con futuro y, por otra parte, quedarse en el alto seco y frío no satisface a nadie.

La confusión ideológica inducida

El ideario elaborado en los centros mundiales que a fines del siglo XIX constituyó una muleta providencial para suplir las invalideces de nuestra sociedad juvenil, se ha convertido en una agresión intelectual paralizante, que nos confunde y trastorna.

El argentino común no siente vocación por emprender la carrera unido a ninguna de nuestras metafóricas avalanchas. Vivimos la influencia disolvente de la crítica socialista al liberalismo y nos desgarran también el influjo de la contestación profunda del pensamiento cristiano personalista que rechaza por igual al marxismo y al liberalismo. Nuestros dirigentes consumen la inmensa mayoría de sus esfuerzos en ese debate por posiciones de fondo, que nuestra famosa Generación del 80 tenía resueltas por anticipado. Cada decisión política, hasta la más nimia, lleva a un debate doctrinario y lo que es peor, a cambios de curso drásticos y esterilizantes con cada grupo distinto que ocupa el poder.

Esta confusión ideológica que es sólo un campo de batalla más de la gran contienda ideológica mundial se une a las condiciones propias de los argentinos y de la Argentina para crear nuestro estancamiento.

Si pudimos avanzar rápidamente en un claro mundo liberal y positivista, en el cual todos compartían el ideario de la Constitución y en el cual las masas no opinaban, hoy, sin el privilegio del Food Power, dependientes de la determinación democrática pero visceralmente antiliberal de las mayorías nacionales y con un proyecto nacional con bases ideológicas licuadas por la contestación perpetua, acelerar la marcha o simplemente resolver problemas, presenta gravísimas dificultades. El mismo hecho de poder contemplar hacia atrás un pasado de amplitud y gloria, se convierte en un lastre emocional que resta objetividad a nuestro juicio.

La labilidad de la sociedad argentina es muy perceptible ante la confusión ideológica global. Los países de alto desarrollo que han constituido comunidades mucho más sólidas y estables, pueden permitirse un ejercicio de la libertad que conduciría al caos si se aplicara entre nosotros. En los países del Norte industrializado la incomprensión de esta realidad está en la

base de su actitud hacia la Argentina y los argentinos. Paradojalmente se exige más en materia de libertades civiles a los países que, como el nuestro, habían conquistado un alto rango comparativo en el mundo. Se conciben tiranías tremendas en países reconocidamente primitivos del Africa, del Sur de Asia o el Medio Oriente, pero en el Cono Sur de América se interpretan como una aberración. Este desenfoque, lógicamente, es utilizado al máximo por la contestación interna y sus ramificaciones internacionales.

En los países ricos, cuando surge un profesor disidente e iconoclasta, se lo clasifica como miembro de la "contracultura", pero si es intelectualmente serio le ofrecen una cátedra en una Univerisdad importante. No hay el menor temor de que los alumnos de Marcuse en California pasen a la clandestinidad empuñando metralletas. Entre nosotros, ideólogos de segunda clase con un poco de habilidad dialéctica, son capaces de provocar grandes alteraciones sociales y políticas. Nuestra sociedad requiere reaseguros más fuertes y activos, si deseamos preservarla de los aventurerismos políticos que sólo pueden perjudicarla. Ello implica, claro está, fortalecer realmente las instituciones, principalmente la justicia y la educación, para que puedan cumplir satisfactoriamente su cometido de edificación social, a pesar del contexto difícil. Implica una sagacidad política superior, para identificar y poner en práctica los mecanismos de conducción adecuados. Implica, por fin, explicar con claridad, en nuestro propio país y en el exterior, las causas y efectos múltiples de las flaquezas de nuestra sociedad, para que sea mejor interpretado el uso peculiar del poder que ellas exigen. En estas tres direcciones se han cometido graves omisiones y errores en todo el período de nuestro estancamiento como país.

No es que existan aptitudes potenciales y grandes individualidades en nuestro pueblo. Existen y se revelan por desgracia a menudo en el extranjero, cuando pueden actuar en un medio coherente, aunque no compartan sus ideas o mismo que estén en contra de ellas, que es como diría Ortega "un modo peculiar de vivir con ellas". Los argentinos no vivimos en conjunto con las ideas de nuestro tiempo. Las ideas y valores con que conducimos nuestros asuntos son incongruentes con las exigencias del mundo moderno.

Nuestra situación se parece bastante a la solución Khomeini, que se espanta visceralmente del Gran Satán y quiere anclar a su pueblo en la historia. El ayatollah para algazara de sus seguidores que son sin duda mavoría en Irán, impone al chador, flagela adúlteros, y llena prisiones y cementerios en aras de un Islam pretérito. Nosotros, maltratamos las instituciones, glorificamos taumaturgos, nos desparramamos entre hermanos, encubrimos nuestros delitos, justificamos la ineficiencia y la incuria, rindiendo culto a una confusa ideología nacional, la del desarraigo egoísta, de la viveza criolla, la arbitrariedad, la inconstancia y el desorden. Esa ha sido definida como una ideología de perdedores y es identificada frecuentemente con el ideario político "populista", atribuyéndosela fundamentalmente al General Perón. A veces el concepto se extiende también al radicalismo, principalmente en su caudillismo irigoyenista. Sin embargo, el problema a poco que se analice, tiene raíces mucho más profundas. Por una parte, el peronismo se niega a desaparecer después de desaparecido su líder, y, por el contrario, pareciera cobrar nueva vida a pesar de que sus nuevos líderes no son ciertamente carismáticos. Hay algo en las ideas populistas que atrae a las masas argentinas y no sólo los discursos demagógicos de un político bien dotado.

Y, por otra parte, el fracaso de las intencionas de los antiperonistas y

antirradicales, para reorganizar y sacar adelante al país en las diversas oportunidades que se les ofrecieron, hacen sospechar que el sabotaje populista provino más de la infiltración de ese ideario en sus propias filas, que de la huraña resistencia de las masas que en general concedieron largos períodos de tregua expectante, durante los cuales no se aportaron soluciones, ni siquiera buenas explicaciones, para los problemas de fondo.

La impresión que ofrece la Argentina de 1983 es que todos los grupos sociales y las instituciones del país comparten la quiebra moral y el desconcierto. Escapan a esta regla unos pocos círculos intelectuales y políticos minoritarios, el grupo cada vez más reducido de los que sólo saben ofrecer su trabajo honesto, y los sacerdotes de diversos cultos que responden a una formación moral más ecuménica que nacional.

¿Y entonces ... qué?

Este análisis nos trae, ahora sí, a plantearnos por qué la cultura argentina tiene las características que tiene y, fundamentalmente, si un diagnóstico correcto puede abrir posibilidades de solución, que en un caso de magnitud histórica como el que vivimos, tendrán que ser forzosamente prolongadas y arduas.

Si, como hemos visto, muchos de los problemas fundamentales de la Argentina presente resultan de la falta de un modelo mundial de vida al que adscribirnos con entusiasmo, quedan para corregirlo varios caminos. Uno, que el conflicto ideológico global se apacigüe o llegue a resultantes menos agudas, aportando formas de vida más aceptables y una agresión menos violenta para una comunidad inestable como la Argentina. El otro, que los propios argentinos contribuyan algo a ese debate y a esas soluciones mundiales, y otro más que los argentinos resuelven sus propias debilidades para manejarse a sí mismos en un mundo que se acerca peligrosamente al caos.

Las tres alternativas son de una complejidad intimidatoria. De las tres, con todos sus problemas, sólo la tercera es abordable en busca de objetivos de largo plazo. Las otras dos parecen tan remotas como para justificar que se descarte su posibilidad dentro de un plazo razonable para las fuerzas de un país como el nuestro.

Por todo lo expuesto, es imperativo que la comunidad argentina encuentre formas de adecuarse a las exigencias del mundo actual mediante una organización social e institucional compatibles con las técnicas productivas modernas.

Esta organización no se puede comprar como un motor para instalarlo y dejar resuelto el problema. Nadie nos la regalará, ni prestará, ni venderá, a menos que nosotros mismos la inventemos y la armemos pieza a pieza. Más aún, es casi seguro que tendremos que armarla defendiéndola de acechanzas y ataques de nuestros adversarios, competidores y falsos amigos. Este es el verdadero desafío que lamentablemente, se oye discutir muy poco en los cenáculos intelectuales y aún menos en los círculos políticos.

Si esta empresa alcanza a movilizar el entusiasmo de los argentinos. Si se encarna en líderes lúcidos, capaces de explicar que es la única esperanza que les queda a nuestros hijos, es probable que ése tan criticado temperamento argentino deje de constituirse en un escollo insalvable para el avance.

No hará más falta preguntarse qué aportes sombríos hicieron a nuestra

cultura los pechos de las madres indias, ni la pasión goyesca de los conquistadores españoles desenfrenados por la inmensidad del imperio. No nos molestará el egocentrismo de la generación hija y nieta de la inundación inmigrante, que podrá así ahincar rápidamente sus raíces.

No tendremos más que lamentar esos parricidios culturales que cometimos y cuyas víctimas están más vivas que nunca en cada argentino.

Si colocamos todas las fuerzas juntas hacia un proyecto de futuro y sabemos hacer los sacrificios y esperar los plazos y asumir las responsabilidades que implica, seremos hermanos el hijo de gringo, el "cabecita", el humilde y el encumbrado.

Es obvio que el funcionamiento de nuestras instituciones debe ser muy modificado. Debemos mejorar, desde el respeto a las reglas del tránsito, hasta lograr que nuestros turistas no pinten sus nombres en las piedras más hermosas del país. Es necesario imponer la asunción de responsabilidades a cada burócrata y de honestidad en el trato a cada empresario. Tenemos que mejorar desde el aseo urbano, hasta la comercialización de hortalizas enlatadas. Hay que instaurar una verdadera solidaridad comunitaria y no ilusiones sociales paralizantes. Y así con todo,

El problema no es que falten leyes. En la mayoría de los casos hace falta sólo poner a funcionar como es debido las que tenemos. Hay que exigir, corregir vicios y corruptelas, premiar y castigar conductas para construir una convivencia sobre bases éticas. Los políticos tendrán que prometer solamente lo realizable y después no olvidarse de cumplirlo.

Si no estamos dispuestos a pensar y actuar honestamente en todo momento, no habrá Constitución, ni ley, ni organización, ni milagro, capaces de arrancarnos del marasmo en que nos hemos sumido. Nada podrá hacerse a menos que demos vida a una suerte de estoicismo en nuestra forma de pensar, que exalte la virtud, abogue por la observancia de los principios y leyes, privilegie el arte de línea simple y las ideas esenciales y rotundas.

Ese es el camino que recorrieron los países que encabezaron al mundo en todos los tiempos por su producción, prestigio y poderío. No es un misterio. Han fortalecido sus instituciones con inteligencia y constancia. Han administrado prudentemente sus recursos. Han consolidado sus componentes positivos y han controlado sus componentes negativos, que los tienen, igual que nosotros. Es común que, con cierta parcialidad no exenta de resentimiento, subrayemos los defectos y falencias de los países adelantados de hoy, olvidándonos del inmenso caudal de cultura y las firmes bases éticas en que se basa su fortaleza.

En nuestro tiempo está de moda hablar de cambio, pero el cambio casi siempre es ilusorio. Es lentísimo en el mejor de los casos. Para que cambien las instituciones, los hombres que las integran deben estar dispuestos a reordenar su realidad individual, a reencontrar un camino digno, productivo y generoso. El hombre puede a cada instante liberar sus propias energías o mantenerlas aherrojadas y miserables en el fondo de su espíritu. Con eso no habrá cambiado. No nos engañemos. Simplemente manifestará históricamente una parte mejor de sí a través de su acción social, económica, cultural y política. Somos hoy los mismos argentinos que pudimos grandes cosas porque dimos rienda suelta a nuestra imaginación y a nuestra generosidad y supimos limitar y canalizar nuestros egoísmos y nuestros arrebatos. Y podemos volver a hacerlo. La responsabilidad recae en nosotros y disponemos de los elementos del éxito con sólo proponérselo de veras. Más aún. Es

habitual en la historia, que los grandes surgimientos ocurran después de los momentos de gran sufrimiento de los países. La amargura de la decadencia del país, la humillación de la derrota de las Malvinas y la evidencia del agotamiento de nuestro crédito externo, pueden ser acicates para movilizar nuestras mejores fuerzas.

Es forzoso que cada argentino aprenda a limitarse a su verdadero ser y acceda a respetar al ser legítimo de los demás. Tal vez en ese difícil ejercicio reside el secreto de la sindéresis como principio de fondo para terminar con la superficialidad, la insolvencia y la inconstancia que minan nuestro desempeño.

Es probable que el carácter nacional argentino continúe proclive a los altibajos pronunciados. Es posible que volvamos a caer en el futuro en momentos de exaltación y de depresión como los que hemos descrito en nuestro pasado. Nuestro avance será tal vez más irregular que el de otros países. A la postre somos argentinos y no otra cosa.

Nuestro país, a fines del siglo xx no tiene por delante un camino amplio y fácil para recuperar el puesto que ocupó anteriormente en el mundo.

Si queremos llegar a un objetivo claro y elevado sólo queda el recurso de ponerse a andar y construir el camino nosotros mismos.

Nada más, muchas gracias.